

volvieron la esquina de la calle de las Torres.

A su oído, ejercitado por la oscuridad, había llegado la voz de su hijo, entre el rumor que formaba el ir y venir de los transeuntes, distinguió los pasos acompasados de Juana y el paso precipitado de su hijo..... los sintió acercarse, y cuando creyó que iban á asir sus manos, á levantarlo de la silla en que la ceguera le tenía sujeto, para volverlo á su casa apoyado en el hombro de su hijo y en el brazo de su mujer, notó que pasaban; que huían..... que se alejaban sin decirle una palabra..... Tal vez sin mirarlo siquiera; como si no lo conocieran..... ¡ah!..... como si no quisieran conocerlo.

Entónces dos lágrimas, semejantes á las que brotaron de sus ojos la mañana en que ya no pudo ver la luz del día, aparecieron en sus párpados, temblaron en ellos un instante, y cayeron al fin sobre sus manos, después de rodar lentamente por los huecos de sus mejillas.

Así lloró en aquella triste mañana, así lloraba en esta tarde, mil veces más triste.

Lloró entónces porque no veía nada, y

llora en este momento porque empieza á ver con terrible claridad.

Juana lo llevaba y lo traía, y aquella noche fué por él muy tarde; pero el ciego no desplegó sus labios; de su boca no salió ni una reconvención ni una queja; había sido un héroe para trabajar, y era un mártir para sufrir..... Detrás de aquel carácter tan débil, ¡qué alma tan fuerte!

El tiempo, indiferente á las tristezas y á las alegrías de los hombres, del mismo modo insensible á las lágrimas de los más hondos dolores que á los gritos de los más locos placeres, pasaba, entre tanto, como siempre, derramando flores en la primavera, tempestades en el verano, lluvias silenciosas en el otoño y abundantes nieves en el invierno. El ciego, encorvado sobre sus flacas rodillas, había sentido el aire perfumado de la primavera, había respirado el polvo ardiente del verano, habían caído sobre sus espaldas las repentinas lluvias del otoño, y empezaba á sentir los crueles fríos del invierno, sentado en su silla desvencijada y bajo su pobre capa.

Menguaban los días y se alargaban las noches; el sol pasaba por la tierra más por costumbre que por gusto, y cada vez iba siendo más breve su diaria visita. La limosna que el ciego recogía menguó del mismo modo; pero Juana, con incansable solicitud, buscó un sitio más concurrido donde el ebánista pudiera pedir limosna durante las primeras horas de la noche.

Desde el oscurecer lo situaba junto á la puerta del oratorio del *Caballero de Gracia*, y allí lo tenía hasta que se extinguían las últimas corrientes de la animada multitud que los teatros arrojan á las calles de Madrid luego que terminan los espectáculos. Es decir, que el ciego, cogido al *manton* de ocho puntas de Juana, se retiraba á las doce y á la una de la noche, arrastrando los piés entumecidos, pudiendo apenas seguir el paso precipitado de su mujer, que lo arrastraba en vez de guiarlo..... Iba el infeliz dos veces traspasado: traspasado de frío y traspasado de pena.

Así como hubo un día en que sus ojos oscurecidos se negaron á ver la luz, vino otro

en que sus piernas descarnadas se negaron resueltamente á sostener por más tiempo su cuerpo encorvado y enflaquecido; una fatiga inmensa, como si una tempestad de sollozos hirviera en su corazón y quisiera romperlo, ahogaba su voz débil y enronquecida; tenía el frío en los huesos y la fiebre en la sangre; se helaba al mismo tiempo que ardía..... Hizo un esfuerzo supremo, pero fue inútil; no pudo levantarse.

Juana acudió, lo sentó en la cama, le ayudó hasta que pudo conseguir ponerlo de pié; mas apenas le faltó este apoyo, se doblaron sus rodillas y cayó desplomado.

Su mujer movió la cabeza, dejándola caer alternativamente sobre uno y otro hombro; cruzó los brazos, y mirándolo con atenta calma, hizo un gesto y le preguntó:

—¿No puedes tenerte en pié?

—No, contestó el ciego.

—Estarás débil, dijo Juana; comes poco..... anoche apenas cenaste..... ya se ve, no te gusta nada..... Espera, espera, y verás cómo te animas.

El ciego quiso sonreirse, pero no pudo.

Su mujer salió, y volvió á entrar en seguida con un vaso en la mano, que contenia un líquido transparente como el agua, y lo acercó á los labios de su marido. Éste aspiró el olor que se exhalaba del vaso, y apartó la boca, rechazando el brazo de Juana.

Ella le dijo:

—Esto te animará.

—No, replicó él..... es aguardiente.

Entonces, preguntó la mujer, ¿qué hacemos?

—Tú, le contestó, no sé. Yo, morir.

—Bueno, añadió Juana; quédate hoy en la cama y mañana verémos.

—¡Verémos!..... exclamó el ciego. Yo he visto ya bastante.

En esto entró el muchacho en la habitacion restregándose los ojos como quien acaba de despertarse..... el padre lo llamó, mas él permaneció inmóvil, haciendo una mueca de disgusto. Su madre le hizo una seña para que se acercára, y aunque refunfuñando el hijo, se acercó á la cama del ciego moribundo.

—Hijo mio, exclamó el padre, sujetando

la cabeza del muchacho entre sus débiles manos..... No permita Dios que veas nunca lo que yo he visto despues de cegar.

Juana oyó estas palabras con alguna sorpresa, que disipó, encogiéndose de hombros. En cuanto al muchacho, le entraron por un oído y le salieron por otro.

El ciego permaneció silencioso..... tal vez porque la respiracion, cada vez más anhelosa, le cortaba la voz; tal vez porque no se atrevia á pronunciar la triste frase que tenía en la punta del pensamiento..... tal vez por una y otra cosa.

Ello es que guardó profundo silencio, abandonando al fin la cabeza de su hijo, que huyó bufando como un gato que se escapa.

A la caída de la tarde llamó el ebanista á su mujer y con sumo trabajo le dijo:

—Juana..... me siento peor..... mucho peor..... y..... quisiera.....

—¿Qué?

—Quisiera.....

—Vamos..... di.

—¿No imaginas..... lo que..... puedo querer en este momento?

—¡Un médico!..... exclamó Juana.

—No..... replicó el ciego..... un médico..... no..... un cura.

—¿Tan de prisa va esto?

—Sí, le contestó con alegre tristeza y con honda fatiga..... va muy de prisa.

Antes de media hora ya estaba allí el cura..... Se acercó á la cama del moribundo y se sentó junto á él como al lado de un amigo.

La confesion fué larga..... el sacerdote animaba al enfermo con palabras de divina esperanza..... últimamente tuvo que levantar la cabeza moribunda del ciego, rodeándola con su brazo y sirviendo su hombro de cabecera; el sacerdote y el enfermo estaban abrazados.

Acabó el penitente y empezó el confesor; sus últimas palabras fueron éstas:

—No, hijo mio..... eso pertenece á la divina Providencia..... Guarda ese secreto en el fondo de tu alma, que Dios va á recibir purificada por un gran dolor santamente sufrido..... Es tu hijo, pero ella es su madre..... y sin duda en los designios inescrutables de

la divina Misericordia y de la divina Justicia, lo reserva Dios para que más tarde ó más temprano sea su redencion ó su castigo.

Poco despues el mismo sacerdote puso en su boca la forma sagrada de la Eucaristía, y la muerte se detuvo hasta que el enfermo recibió el óleo santo de la Extremauncion..... En seguida espiró.

Las vecinas acudieron y rodearon la cama; la muerte habia derramado sobre el cadáver un resplandor extraño..... la boca del ciego se sonreía con una dulzura inefable, y una de las vecinas, más observadora y ménos curiosa, dijo estas sencillas palabras:

—No parece que se ha muerto, sino que va á resucitar.

Las demas hablaban, diciendo cada una su cosa.

Unas:—Dichoso él.

Otras:—Para no ver, más vale morirse.

Algunas:—Pobre del que muere; que el que vive, vive.

Todas, sin embargo, mostraron un grande asombro al ver el cadáver.

—¿Quién lo habia de decir? exclamaban muchas al mismo tiempo..... Ayer tan bueno.....

—Ya lo creo..... y tan firme.....

—Si parecia que vendía salud.

—Como que tenía aún muchos años en que vivir.

En una palabra, la muerte del ciego se esparció por la casa como la noticia de un suceso inesperado; y no debe admirarnos semejante sorpresa, por dos razones. Primera, porque aquellas mujeres no conocian bien á Juana; y segunda, porque los pobres suelen no saber que se mueren hasta despues que están muertos.

Así fué como quedó viuda la madre de la hermosa vecina, que habia hecho olvidar al *corrector de pruebas* la friolera de cien mil duros, transformándolo nada ménos que de millonario en poeta.

---

## CAPÍTULO IX.

Magdalena.

Dejemos las tristezas y la soledad de la muerte para volver á las alegrías y al bullicio de la vida; como el mundo en que hemos nacido, volvamos la espalda al que acaba, para volver los ojos al que empieza; porque si no hay más remedio que morir, justo será que vivamos.

Juana es de nuestra misma opinion, y ya hemos visto que en materia de vivir es autoridad irrecusable. Así es que apénas quedó enterrado el pobre ciego, abandonó la habitacion, trasladándose á otro cuarto ménos triste, como si quisiera dejar sepultado entre aquellas cuatro paredes el último recuerdo de su marido.